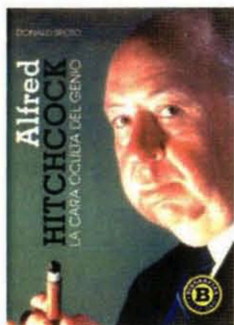


Ricardo Viguera



Donald Spoto, *Alfred Hitchcock: la cara oculta del genio* (trad. Domingo Santos). T&B Editores, Madrid, 2004. 518 pp. [col. Biografías, Serie Oro].

Alfred Hitchcock: la cara oculta de la luna

Donald Spoto es una de las grandes instituciones norteamericanas de la biografía cinematográfica. Licenciado en Teología, rama en la que se doctoró y sobre la cual ha impartido clases en diversas universidades, a mitad de los años 70 comenzó a escribir biografías muy documentadas sobre algunos de los grandes directores e intérpretes del cine clásico hollywo-

odense. Han sido objeto de sus eruditos estudios personajes tan destacados como James Dean, Marlene Dietrich, Marilyn Monroe, Ingrid Bergman o Laurence Olivier. Su más reciente biografía, sobre Audrey Hepburn (publicada en 2006), llegó en el momento más álgido del *revival* de esta actriz y ha conquistado altos puestos en las listas de ventas. Sin embargo, quizá ninguna de sus biografías haya constituido una piedra de escándalo tan señalada como la que en 1983 dedicó a Alfred Hitchcock, conocido todavía (pues nadie ha podido desbancarlo) como el Maestro del Suspense.

Publicada por primera vez en 1983, *The Dark Side of Genius. The Life of Alfred Hitchcock* suscitó una agria polémica. Principalmente porque en aquel tiempo vivía aún Patricia Hitchcock, hija del genio, que mostró con toda claridad su desavenencia con la obra de Spoto, al considerarla irreverente y desmitificadora. El título

ya incide en el aspecto revelador de esta primera biografía: La cara oculta del genio, que es como decir la cara oculta de la luna. En cierto sentido resulta una comparación idónea, ya que Hitchcock, genio y figura hasta la sepultura, supo construir como nadie una personalidad pública luminosa cuya popularidad trascendió en vida hasta límites insospechados (él era, independientemente de sus films, espectáculo en sí mismo). Durante su existencia veló con cuidado los aspectos más oscuros de su personalidad, impulsado por un celosísimo espíritu de secretismo alrededor de su vida.

No era la primera vez que Spoto se aproximaba a la obra y vida de Hitchcock. Suyo es uno de los mejores y más profundos estudios sobre el director inglés: *The Art of Alfred Hitchcock*, publicado por primera vez en 1976, que contó con la anuencia del genio del cine, con quien había mantenido no pocas conversaciones

acerca de aspectos diversos de técnica y estilo. La biografía que nos ocupa, segundo acercamiento a Hitch después de su fallecimiento, no pretendía, ni mucho menos, crear polémica, pero pone puntos sobre las íes y revela aspectos comprometedores de la vida del gran director que su familia hubiera preferido mantener a oscuras. Y es que Donald Spoto comulga con una célebre frase, atribuida a Aristóteles, que reza así: *Amicus Plato, sed magis amica Veritas*, que podríamos traducir como "Amigo soy de Platón, pero más amigo de la verdad". No es realmente una cita de Aristóteles, sino una paráfrasis de un pasaje suyo en la *Ética a Nicómaco*, que con posterioridad el filósofo tardío Ammonio recreó con su propia salsa su *Vida de Aristóteles*. Donald Spoto ha venido a decir más o menos lo mismo en algunas declaraciones suyas, pero con más sentido del humor: "El biógrafo está obligado a decir la verdad, incluso

los LIBROS

a riesgo de contar algo bueno sobre alguien”.

The Dark Side of the Genius, reeditada continuamente desde aquel ya lejano 1983, no es una biografía amarillista, pero es normal que en su tiempo causara malestar entre la familia que sobrevivió al genio, a quien Spoto muestra con admiración, pero sin mentiras (que también han corrido por ahí). La tesis de Spoto es fascinante, y la demuestra de cabo a rabo a lo largo de las 518 páginas de esta obra (en la reciente edición española de T&B Editores): hombre de vida profundamente interior y poco amigo de escándalos, sus filmes constituyen la verdadera biografía de las apetencias, frustraciones, ansiedades, amores y dolores de un alma rica y compleja, a menudo atormentada no sólo por una agobiante educación católica que nunca llegó a superar (como Luis Buñuel, como John Ford...), sino también por su amor infinito hacia la comida y la bebida

(sus temas de conversación favoritos, sobre los que podía charlar durante horas) y el gran tormento que, por ende, le infligía su cuerpo enormemente obeso que sometía a toda clase de excesos dignos de un Lúculo o de un Apicio. Verdadero autor de sus films (nunca acreditado como guionista, pero siempre co-creador con derecho a la última palabra sobre cada detalle de los guiones), Hitch fue un romántico del Romanticismo, un alma encerrada en un castillo de ogro que nunca suponió pudo ser deseado. Su esposa, Alma —verdaderamente, su alma— fue su compañera, amiga, madre, chofer, cocinera, y hasta el final de su vida, cancerbera. Alma apenas sobrevivió dos años a la muerte de Hitch. No cuesta imaginarlos juntos mientras recorrían el mundo: ella, queriendo y adorando a Hitch; él, dejándose querer y haciendo palpar su gordo corazón con ensoñaciones eróticas protagonizadas por hermosas y

gélidas rubias de las que se enamoraba y a quienes recreó con infinito amor —y a veces sadismo— en la pantalla que él llenó de luces y sombras para nosotros, para la eternidad: Ingrid Bergman, Grace Kelly, Vera Miles y —el caso más conocido por todos, cuyo fracaso destruyó su corazón y la inspiración de su espíritu infinitamente dolido y al fin destruido— Tippi Hedren.

Hombre carismático y poliédrico, genial y desmesurado en sus grandes pasiones, considerado en vida un gran artífice de películas de *suspense*, hoy nombrado entre los grandes genios de toda la trayectoria artística del siglo XX, Spoto nos sumerge en su vida hermosa y triste a un tiempo, en su vida pública y secreta, en su existencia dolida y esperanzada, capaz tanto de hacer sonreír como de horrorizar. Se lee esta biografía con el alma en vilo, y una vez concluida se comprende a Hitchcock mucho más allá de las películas que

rodó. Hitch fue un místico: un Segismundo encerrado dentro de un corazón-castillo en una Polonia de mantecas que palpitaban al imaginar el aroma de rubios y finos vellos de ensueño. La tesis de Spoto es cierta: Hitchcock sólo vivió su vida y sus emociones mientras las plasmaba en sus films. La vida fue eso para él, y no otra cosa. Su cine está más vivo que nunca porque está lleno de vida prisionera. Es por eso que Hitchcock sigue vivo, porque nada significa la muerte para los místicos.